

International General Certificate of Secondary Education
CAMBRIDGE INTERNATIONAL EXAMINATIONS

LITERATURE

0488/3

PAPER 3 Alternative to Coursework

MAY/JUNE SESSION 2002

1 hour

Additional materials
Answer paper

TIME 1 hour

INSTRUCTIONS TO CANDIDATES

Write your name, Centre number and candidate number in the spaces provided on the answer paper/ answer booklet.

Answer **the** question.

Write your answer on the separate answer paper provided.

If you use more than one sheet of paper, fasten the sheets together.

INSTRUCCIONES PARA LOS ESTUDIANTES

Escriba su nombre, el número de su establecimiento y su número de estudiante en el sitio debido encima de cada hoja en que ha escrito parte de su respuesta.

Conteste **la** pregunta.

Escriba su respuesta en las hojas blancas provistas para tal fin.

Si usa más de una hoja, deje todas las hojas bien atadas.

This question paper consists of 4 printed pages.



El trozo siguiente viene de una novela publicada en 1993 por el autor peruano Mario Vargas Llosa. Describe la suerte de dos conservacionistas que han sido capturados por un grupo de terroristas en la sierra de los Andes. Léalo atentamente y conteste la pregunta.

Ya dentro de la choza, la hicieron sentarse en el suelo, en la postura en que se hallaban los tres hombres y la mujer. La señora d'Harcourt se dirigió al que llevaba casaca de cuero y una bufanda al cuello, un hombre joven, con una barba crecida y unos ojos pardos, fríos y directos. Le contó su vida, con cierto detalle, desde su nacimiento, pronto harían sesenta años, en ese remoto país báltico que desconocía y cuya lengua no hablaba, pasando por su infancia trashumante en Europa y América, y sus estudios saltamontes, cambiando de colegios, de idiomas, de países. Hasta su llegada al Perú, antes de cumplir veinte años, recién casada con un joven diplomático. Le contó su amor a primera vista con los peruanos y, sobre todo, su deslumbramiento con los desiertos, las selvas, las montañas, los árboles, los animales, las nieves, de este país que ahora era también suyo. No sólo porque así lo decía su pasaporte — la nacionalidad se la había dado Marcelo, su segundo marido —, sino porque ella se había ganado el derecho a llamarse peruana a fuerza de recorrer y estudiar y promover la belleza de este país, en artículos, conferencias, libros, desde hacía muchos años. Lo seguiría haciendo hasta el fin de sus días, porque eso había dado sentido a su vida. ¿Comprendían que no era su enemiga?

La escucharon sin interrumpirla, pero sin que sus caras denotaran el menor interés. Sólo cuando calló, luego de explicarles lo difícil que había sido para ella y ese joven generoso y abnegado, el ingeniero Cañas, sacar adelante la reforestación de Huancavelica, comenzaron a hacerle preguntas. Sin animadversión ni antipatía, con fórmulas secas, mecánicas, y unas voces neutrales, de rutina, como si, pensaba la señora d'Harcourt, todas estas preguntas fueran una formalidad inútil pues ellos ya conocían las respuestas. Le preguntaban desde cuándo daba informes a la policía, al Ejército, al Servicio de Inteligencia, y sobre sus viajes y recorridos. Ella les dio todas las precisiones. El Instituto Geográfico Militar le había pedido que asesorara a la Comisión Permanente que rehacía y perfeccionaba el Atlas, y ésa había sido su única vinculación con las Fuerzas Armadas, salvo alguna que otra conferencia en la Escuela Militar, en la Naval, o en el Centro de Altos Estudios Militares. Ellos querían saber de sus contactos con gobiernos extranjeros, a cuáles servía, cuáles le enviaban instrucciones. Explicó que no se trataba de gobiernos sino de institutos científicos, el Smithsonian de Washington, el Museo del Hombre en París, el Museo Británico de Londres, y algunas fundaciones o centros ecologistas, de los que a veces había conseguido fondos para pequeños proyectos («unas miserias, casi siempre»). Pero, mientras hablaba, rectificaba, especificaba, y a pesar de que en sus respuestas subrayaba siempre que ninguno de sus contactos era político, que todas esas vinculaciones, relaciones, eran científicas, nada más que científicas, por las expresiones y las miradas de sus interrogadores, la dominaba la certidumbre de un insuperable malentendido, de una incomunicación más profunda que si ella hablase chino y ellos español.

Cuando aquello pareció llegar a su término — sentía la boca reseca y le ardía la garganta — la señora d'Harcourt se sintió muy cansada.

¿Me van a matar? — preguntó, sintiendo que, por primera vez, la voz se le quebraba.

El de la casaca de cuero la miró a los ojos, sin pestañar.

— Ésta es una guerra y usted es un peón del enemigo de clase — le explicó, mirándola con su mirada blanca, monologando con su voz sin matices —. Usted ni siquiera se da cuenta de que es un instrumento del imperialismo y del Estado burgués. Y encima se da el lujo de tener buena consciencia, de sentirse la gran samaritana del Perú. Su caso es típico.

— ¿Me lo puede explicar? — dijo ella —. No lo entiendo, sinceramente. ¿De qué soy un caso típico?

— Del intelectual que traiciona a su pueblo — dijo el hombre, con la misma serena, helada seguridad —. Del que sirve al poder burgués, a la clase dominante. Lo que usted hace no tiene nada que ver con el medio ambiente. Sino con su clase y con el poder. Usted viene con esos funcionarios, los periódicos hacen publicidad y el gobierno gana una batalla. ¿Quién decía que éste era territorio liberado? ¿Quién que en esta zona se había instalado ya un pedazo de la República de Nueva Democracia? Mentira. Ahí está la prueba. Vean las fotografías. Reina la paz burguesa sobre los Andes. Usted tampoco lo sabe, pero aquí está naciendo un nuevo país. Con mucha sangre y mucho dolor. Contra enemigos tan poderosos, no podemos tener contemplaciones.

— ¿Puedo al menos interceder por el ingeniero Cañas? — balbuceó la señora d'Harcourt —. Es un joven, acaso de la misma generación que usted. Nunca he conocido un peruano tan idealista, que trabaje con tanta ...

— La sesión ha terminado — dijo el joven de la casaca, poniéndose de pie.

Cuando salieron estaba poniéndose el sol detrás de los cerros y el vivero de plantones comenzaba a desaparecer en una gran hoguera cuyas lenguas de fuego caldeaban la atmósfera. Le ardieron las mejillas. La señora d'Harcourt vio que el chofer estaba subiendo al jeep. Poco después, partía, por la ruta hacia Huancavelica.

— Por lo menos, él se ha librado — dijo, a su lado el ingeniero Cañas —. Me alegro, porque el zambo es muy buen tipo.

— Lo siento mucho, ingeniero — murmuró ella —. Me siento tan culpable con usted. No sé cómo pedirle ...

— Es para mí un gran honor, señora — dijo él, sin que le desfalleciera la voz —. Acompañarla en este trance, quiero decir. A los dos técnicos se los han llevado para allá, y, como son de menos jerarquía, les darán un tiro en la cabeza. Usted y yo, en cambio, somos privilegiados. Me lo acaban de explicar. Una cuestión de símbolos, parece. Usted es creyente, ¿no? Recé por mí, se lo ruego, yo no lo soy. ¿Podemos juntarnos? Resistiré mejor si puedo cogerle la mano. Tratemos, ¿quiere? Acérquese, señora.

- 1 ¿Cómo se las arregla el autor para inspirarnos compasión hacia las víctimas y horror hacia los terroristas? No olvide referirse a detalles del texto.

Copyright Acknowledgements:

Question 1 Mario Vargas Llosas. *Lituma en los Andes*, Published by Editorial Planeta. Copyright Carmen Balcells Literary Agency, Barcelona.

Cambridge International Examinations has made every effort to trace copyright holders, but if we have inadvertently overlooked any we will be pleased to make the necessary arrangements at the first opportunity.